



IDENTIDAD, IDIOSINCRASIA Y CULTURA LATINOAMERICANA

Ernesto Livacic Gazzano¹

RESUMEN:

Para definir la identidad y cultura en América Latina, es necesario plantearse algunas interrogantes en relación con el contexto y la idiosincrasia de nuestro continente, que nos permiten dilucidar cómo se visualiza el futuro.

Palabras claves: Identidad, cultura, mestizaje, idiosincrasia, contexto.

ABSTRACT:

LATIN-AMERICAN IDENTITY, IDIOSYNCRASY AND CULTURE

To define identity and culture in Latin-america, some interrogations related to the context and idiosyncrasy of our continent must be posed, that allow us to elucidate how the future is envisioned.

Key words: Identity, culture, crossbreeding, idiosyncrasy, context.

1. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD

Si el enunciado que se ha propuesto para esta Mesa Redonda, “Identidad y cultura en América Latina”, implica, como sospecho, una doble interrogante (¿cuál es nuestra identidad?, ¿cuál es nuestra cultura?), me temo que se nos esté enfrentando a un tema difícil, polémico, de ya larga y por cierto inconclusa discusión, aun entre los especialistas, y que, no siéndolo, mal puedo hoy pretender esclarecerlo ni mucho menos cerrarlo. A la inversa, de seguro los puntos de vista que procuraré aportar contribuirán a que la disputa siga abierta, aunque, por cierto, me agradaría abrigar la ilusión de que, si bien forzosamente escuetos y parciales, en alguna medida resulten útiles para los distinguidos participantes que, con mayor autoridad, aborden en estos días lo concerniente a “Palabra y cultura en América Latina: herencias y desafíos”.

Podemos considerar que los pueblos y comunidades humanos pasan por las mismas etapas que las personas individuales que los constituyen e integran, con una importante diferencia: la mayor duración de tales períodos en aquéllos que en éstas. Si es así, América Latina, para establecer cuya edad en siglos nos sobran dedos en las manos, estaría en la adolescencia, y por eso suele plantearse en ella la pregunta por la propia identidad, como se la formulan las personas adolescentes, en tanto no se la hacen ni las personas o pueblos niños ni las personas o pueblos maduros. Quizá porque todavía vivimos los resabios independentistas de una emancipación política que aún no lleva dos siglos, nos queda mucho de la bizarria adolescente de propugnar exacerbadamente una dudosa identidad.

Me parece que en el concepto de identidad concurren un ingrediente objetivo y otro subjetivo. El primero está dado por el conjunto de rasgos que caracterizan a una persona o

¹ Livacic Gazzano, Ernesto, Premio Nacional de Ciencias de la Educación, 1993.

pueblo y que lo distinguen de otras u otros. El segundo es la conciencia, individual o comunitaria, que se tenga de tales singularidades.

El niño –persona o pueblo– vive centrado en sí mismo y en su contexto inmediato, pero sin analizar su singularidad (tanto que frecuentemente se autodesigna con la tercera persona más que con la primera) ni parangonarse con otros. Sus actitudes prevalentes son la sencillez, la espontaneidad, la ausencia de problemas existenciales o de afanes de discriminación.

La adolescencia es, a la vez –a muy gruesos brochazos– crisis en la propia autovisión, vacilación, búsqueda; rechazo y aun olvido del pasado; afán de cambio en que lo propio refulja como nuevo y diferente, apertura de caminos hacia la madurez. Es, en ella, cuando aparece y perturba la conciencia de la identidad.

En la madurez, la identidad ya no se planteará como inquietud.

¿Qué podría responderse la América Latina adolescente al preguntarse por su identidad?

No es tan diferente ni singular como pudiera creerse, aunque para ello sólo podamos tocar algunos entre muchos aspectos.

Es fruto del mestizaje, fragua de un proceso en que quiere acrisolarse un producto de múltiples ingredientes. Ese proceso no se manifiesta por igual en toda ella. Por una parte, varían los ingredientes: aquí estuvo por largos siglos asentado en algunas comarcas el indígena, antes de que llegara el europeo; en otros casos, el negro tuvo aparición posterior que el portugués o el francés. Por otra parte, divergen los resultados. En ocasiones, la geografía humana de Latinoamérica se presenta con características de homogeneidad por efectos de una fusión muy avanzada o ya concluida; en otras, muestra la superposición e incluso el conflicto entre los factores concurrentes. En gran parte de los países que podemos llamar andinos, son tan distinguibles la población mixta como la que conserva sus rasgos originarios, se da el bilingüismo –incluso con predominio de las lenguas autóctonas– y las diferencias internas son apreciables en múltiples órdenes. Principalmente en el Caribe y en Brasil, la fuerza de las poblaciones negras es evidente. En varios países del llamado Cono Sur, predomina nítidamente el blanco, con concurrencia de más diversa contribución europea: italianos, alemanes, croatas, etc.

Ni objetiva ni subjetivamente parece haber sólido asidero para postular una misma identidad: no se imponen unos rasgos comunes ni tenemos conciencia de poseerlos. Más bien, destaca nuestra diversidad, una de las tantas dimensiones de lo que Carpentier definió como el barroquismo latinoamericano.

A mayor abundamiento, dentro de esta diversidad, hemos recibido de otros mucho de lo que somos, y, por lo mismo, podríamos sentirnos invitados a pensar que no somos esencialmente diferentes de otros. Personalmente estimo que la aceptación de ello implica más de algún desafío positivo. Debería contribuir a que enfatizásemos siempre la identidad humana esencialmente igual, y a que trabajásemos para que ello se tradujera en que no hubiese en el mundo pueblos que se estimen en más y pueblos que se estimen en menos, ni al interior de nuestra propia América Latina etnias o pieles con diferentes dignidades u oportunidades.

En estos tiempos en que se propician la globalización y las mejores comunicaciones entre los pueblos y los seres humanos de todo el planeta, ello nos parece particularmente necesario y acuciante.

En el mundo de hoy, todos lo sabemos, se avanza fuertemente en el sentido de la intercomunicación y la integración, de la conciencia de un destino común y de la necesidad de una recíproca cooperación para conquistarlo.

Ello involucra aspectos claramente positivos, como las perspectivas de una mayor equidad y solidaridad, a la vez que plantea los riesgos de una alienación, de espaldas a la propia verdad y a la propia historia. El asunto por dilucidar radica en hallar un criterio para conocernos más definidamente y, a la luz, evitar la otra forma de alineación: aquella que consiste en aislarse, cerrarse a la marcha de los tiempos, quedarse atrás.

2. EL CONCEPTO DE CULTURA

Por su parte, el concepto de cultura está también traspasado de interrogantes. Por cierto, él es portador de una ya reconocida plurisignificación.

Cultura es el incesante quehacer humano por transformar y por humanizar el mundo. Sin duda universal, y por ello se la nombra en singular se afirma que no reconoce fronteras, se plasma, cardinalmente, en esas grandes concepciones que son las cosmovisiones y las axiologías, que luego pasan a informar instituciones, costumbres, estilos de vida.

Cultura es, asimismo, el conjunto de expresiones humanas en ámbitos más específicos y –por así decirlo– refinados, principalmente en las esferas intrahistóricas que revela las modalidades cronológicas o espaciales del dinámico proceso que tratamos de analizar.

Así, este conlleva mucho de universal, de compartido en su desempeño y en sus frutos, al punto de que pueden postularse dos aseveraciones para el debate:

- la una, que nada es propio de determinada cultura;
- la otra, que ninguna cultura es única.

Es verdad que, sobre todo en su etapa precolombina, en nuestra América se desarrollaron algunas notables construcciones culturales, que no es nuestro ánimo desconocer. Es verdad, igualmente, que aún prosiguen llevándose a cabo estudios tendientes a esclarecer sus orígenes y sus posibles vinculaciones con otras manifestaciones –exógenas– de la actividad espiritual humana. Sigue en pie la cuestión acerca de cuán autónomas pueden históricamente ser las creaciones de un determinado pueblo.

3. CONTEXTO, IDIOSINCRASIA E HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

Lo que me atrevo, sí, a sostener es que, junto con los conceptos de identidad y de cultura, es conveniente considerar, no sólo en el caso de América Latina, los de contexto, idiosincrasia e historia particulares.

Aunque nadie acepte hoy los determinismos que alguna vez alguien atribuyó a las condiciones externas de orden natural, es indiscutible que su geografía policromática, exuberante una veces, hostil otras, imponente siempre, ha constituido para América Latina una incitación ora al asombro, ora a la inacción, ora a la aventura, muchas veces al enclausramiento, siempre a una óptica de peculiar escenario de relación entre lo telúrico y lo humano. Ella constituye uno de los factores que han contribuido, en opinión del humanista peruano Luis Alberto Sánchez, a que se den mayores similitudes entre las diferentes literaturas americanas que entre éstas y las correspondientes europeas escritas en su mismo idioma.

Es también patente que en su temperamento o modo de ser mayoritario, los pueblos latinoamericanos muestren una particular sensibilidad, que va desde su valoración de lo personal y su sentido del acogimiento hasta su diverso modo de ejercer –o de soslayar– la racionalidad en el pensamiento, en el trabajo o en el plano técnico. Por algo se han dado aquí el realismo mágico y lo real maravilloso. Por algo nuestros *filósofos* –los que proclaman nuestra visión y voluntad de ser– son primordialmente los escritores, artistas y artesanos. Por algo nuestros economistas constituyen un submundo acotado y, en medio del frenesí por el desarrollo material que se constituye en el leitmotiv de otras latitudes, se sabe apreciar la vida y aun dar lugar a la felicidad en una atmósfera de más autenticidad y desprejuicio, aunque linde a veces con cierto primitivismo o resignación.

Por supuesto, sí tenemos nuestros modos culturales propios: de edificar nuestras viviendas, de celebrar nuestras fiestas, de administrar nuestro tiempo (en una curiosa simbiosis de trabajo y ocio) y hasta de circular en el tránsito público. Ellos son expresiones bullentes en nuestras tradiciones, los *hábitos* que dan sello propio a nuestra *habitación*.

En su vigencia se aprecia, incluso, todo el conservantismo que pueden cultivar pueblos aún jóvenes. Pero no hemos caído, por esa o por otras vías, en el encapsulamiento ni en la oposición frente a los demás pueblos.

A ello contribuye el que nuestra historia ha pasado por las más variadas etapas imaginables: el señorío sobre vastas y ricas tierras; la larga dependencia ante el conquistador; la idealista emancipación política; la inestabilidad y aún anarquía subsecuentes (no exentas de intervenciones foráneas); la explotación de sus pródigos recursos naturales por poderes externos y el consiguiente tercermundismo económico; los todavía incipientes y no convencidos intentos de modernización, tecnología y globalización.

Podría afirmarse que ello nos limitó en determinadas posibilidades, pero, a la vez, nos hizo receptivos, nos abrió a multitud de experiencias –a menudo, dolorosas; a la larga, formativas– y no impidió que se salvaguardaran aquí valores que constituyen una esperanza real para el mundo de hoy, en el que ciertas ostentosas formas de estabilidad han revelado, con el paso del tiempo, su radical precariedad.

Pero, sin duda, al referirse a América Latina todavía se trata más de un patrimonio de reserva que de una realidad plenamente actuante: aún pesamos poco en el concierto internacional. ¿Nos hemos habituado a no ser protagonistas, sino dependientes? ¿Qué grado de liderazgo o, al menos, de iniciativa procuramos ejercer, o nos interesa –siquiera– ejercer? ¿Qué macrovisión tenemos del mundo, o seguimos todavía, desde nuestro íntimo refugio, contemplando a la distancia, un planeta cada vez más pequeño y cercano?

4. AMÉRICA LATINA, UN CONTINENTE CON FUTURO

A pesar del tono de escepticismo que aparentemente pudieran revestir algunas de las ideas expuestas, nos alienta una ilusionada convicción de cara a la convergencia universal que hoy surge como renovada vocación de siempre.

Creemos que en el mundo actual, y en el papel de América Latina dentro de él, hay una riqueza y una esperanza ciertas, en la medida en que las vitalice una voluntad común.

Ella difícilmente puede tener mejor apoyo que el de la radical unidad y universalidad de lo humano.

Éstas se evidencian a través del diálogo. El diálogo no presupone uniformidad, sino encuentro franco, sincero, desde las diferencias de contexto, de historia, de idiosincrasia, de experiencias consiguientes. No me parece apropiado tanto el llevarlas al nivel de diferencias de identidad o de cultura, cuanto el entenderlas y operacionalizarlas como materias primas cuya diversidad, al modo de las teselas en un mosaico, pueda derivar en fuerza vitalizadora en pro de una gran unidad mutuamente enriquecedora, en el próximo amanecer de una renovada humanidad.